

EL PALACIO ÍNTIMO DE FERNANDO DE VILLENA

ANTONIO MORENO AYORA

Catedrático de Lengua y Literatura

Hay autores que por su concreta pertenencia a una generación -esto implica evidentemente una determinada fecha de nacimiento- tienen ya su obra hecha y organizada de acuerdo con unos parámetros, lo que no quiere decir que esté concluida ni que no siga recibiendo adiciones o remodelaciones. Uno de estos casos debe ser el del granadino Fernando de Villena, que es entre los autores nacidos en la década del 50 (exactamente, 1956) uno de los más significativos junto a otros como el también granadino Luis García Montero, el cordobés Manuel Gahete o el almeriense José Antonio Sáez. Efectivamente, por el tiempo en que se inicia en la poesía, debiera ser considerado como uno de los entonces jóvenes que hacia «mediados los años ochenta comienzan a incorporarse al mundo poético», siendo pues uno de los «nacidos en la segunda mitad de los años cincuenta» y por ello perteneciente a la que «sin otorgar ningún sentido dogmático ni restringido al término, puede denominarse como *Generación de la democracia*», todo ello según escribe Juan José Lanz en su artículo «Luces de cabotaje: la poesía de la Transición y la generación de la democracia en los albores del nuevo milenio» (Cfr. en la revista *Monteagudo*, N.º 13, 2008, pág. 38). Por otro lado, y concretando más en aspectos de historia literaria, la profesora Remedios Sánchez García sitúa a Fernando de Villena en la corriente lírica denominada «Poesía de la Diferencia», aunque apenas concrete la poética de sus componentes y concluya con que estos «han tenido una evolución distinta», todo ello según puede comprobarse en su artículo «Apuntes para una panorámica de la poesía granadina actual», publicado en la revista *Dos orillas*, V-VI, 2013, págs. 12 y 18-21.

Sin lugar a dudas -y ahora lo tratamos como poeta al margen de sus producciones literarias dentro de otros géneros- obras como *Poema de las estaciones* (Córdoba, 1992) o *Libro de música* (Málaga, 1996) figuran entre las más sobresalientes de su creación, y sobre todo ese ciclo que titulado *Los siete libros del Mediterráneo* (Madrid, Ediciones Evohé, 2009) ha promovido un tipo de literatura épica o legendaria que, en su caso, ha propiciado que en ciertos comentarios se afirme que el libro es «una larga peripecia alrededor de un Mediterráneo de luz y de encuentros magníficos con otras idiosincrasias, con otros tiempos de la Historia, y hasta

con su propio interior adormecido tierra adentro, casi siempre acallado en el olvido acaso prolongado, en las prisas de lo cotidiano» (véase en página web <http://www.la2revelacion.com/?p=2337>). Estudiar su obra, conocer sus modificaciones y estar al tanto de cuantas antologías o recopilaciones la resuman, la aquilaten o la amplíen de algún modo es placer del lector y desde luego obligación del crítico. Y de una de estas -existen otras como por ejemplo *Poesía (1990-2000)*, Dauro, Granada, 2004-queremos hablar por tratarse de la más actual y tener ciertos alicientes que le prestan novedad y un interés poético indudable. Comentaremos, pues, su volumen poético *Los colores del mundo*, editado en Barcelona en febrero de 2014 por Ediciones Carrena.

Ocho poemarios, de los que el autor aclara que cuatro son completamente inéditos, constituyen la materia poética de esta vasta recopilación que Fernando de Villena ha titulado *Los colores del mundo*. Él explica también que en este volumen quedan ordenados según los compuso, por lo que la fecha de publicación de los ya editados (*Conticinio*, *Por el punzón oscuro*, *La década sombría* y *La hiedra y el mármol*) la damos nosotros aquí entre paréntesis. Así, el primero (2009), que queda dividido en tres secciones y con un total de cincuenta y dos poemas, repite con insistencia recuerdos e instantes amorosos de suprema felicidad, enmarcados por una ambientación bucólica, amable y exaltada que hacen de la naturaleza un reino habitable: «¡Córdoba en primavera! / No existe otro lugar tan conveniente / para el goce de amor». Parte del poemario expresa también en bellos sonetos sentimientos de aquiescencia y amor por el entorno, con títulos como «Granada (otoño)», «Ciudad de provincias hacia 1960» o «Un tren». Es en su última sección *Conticinio* donde los versos devuelven con ecos románticos un sentir desengañado y pesimista anunciador de una belleza decrepita «que perdió su memoria de colores» y, por ello, justificación del presente desencanto: «Mas de tanta hermosura / ya no nos pertenece nada, ¡nada!». Y tres secciones conforman igualmente *Por el punzón oscuro* (2009), con diferencias entre la primera (dieciséis sonetos de clásica estructura que aluden a un viaje al mundo de la Muerte) y las siguientes en que se mezcla tal estrofa con el verso libre para hablar sucesivamente de la desesperanza tras la muerte de su madre («Grande es el mar, pero mayor el cielo / y tú lo llenas todo, todo») y, luego -véase «Escala de Jacob»-, del pensamiento que lo embarga al aceptar el humilde sesgo religioso que toma su vida reconociendo unánimemente el poder de la divinidad: «y pese a ser tan poco yo y mis sueños / mucho te importo y velas mis caminos».

Con interrogaciones vitales, con recuerdos melancólicos, con desazón medida en el presente y temores de futuro se abre el intenso panorama lírico que viene a ser *La década sombría* (2010), con dos versos de pasmoso laconismo sintético que lo resumen: «os lo diré por fin: / mi corazón se ha roto». Fragilidad, pérdida de dichas

pasadas («devolvedme el azul que me quitasteis»), nostalgia mantenida y solo apaciguada por el presente del amor compartido, y a veces por el gozo contemplativo ante el espectáculo silente de la naturaleza: estas son algunas de las muchas realidades -téngase en cuenta que el libro contiene sesenta poemas- que aglutina *La década sombría*, con otras composiciones dedicadas a Francisco Izquierdo, Gil Craviotto o Juana Castro.

El soneto, que en los libros anteriores ha seguido reapareciendo, es de nuevo estrofa dominante en el siguiente título *La hiedra y el mármol* (2010), que a tenor del léxico empleado contiene numerosas alusiones al paso del tiempo (el mejor ejemplo son sendos poemas dedicados a los meses del año), y sobre todo a la tristeza, el vacío («acabó por creer vanas las horas»), la decrepitud, la desolación, la derrota o la negatividad del entorno, que aunque a veces los describe amortiguados por la dicha («Es hermosa la vida todavía / lejos de las ciudades»), normalmente forman parte de un transcurrir doliente y vano que oscila «entre la plenitud / efímera y dorada / y la melancolía, / la angustia, el sinsentido».

El primero de los inéditos ahora ya hecho público es *Cinematógrafo y otras elegías*, conjunto de textos relacionados y alternantes en prosa y verso con los que el autor se acerca, en su primera parte, reviviéndola o recordándola, a la realidad cambiante del cine, devolviéndola reflejada en salas desaparecidas («Cine Olimpia», «Cine Bikini»), en citas de películas inolvidables («Muerte en Venecia», «La playa»), y también en anécdotas, referencias a actores, calificaciones de la inevitable censura o impresiones muy diversas que el poeta conserva desde sus años infantiles con emoción siempre recurrente: «Porque iluminaciones eran todas aquellas películas que asombraron mi infancia y mi adolescencia». Con alusiones la mayoría de las veces a Granada, y otras a Almuñécar, avanzan estas páginas fundiendo emoción, recuerdo y subjetividad con un fondo siempre de vívidos detalles que delinean retazos de verdad histórica y social. Es esta una parte que aparece complementada con la siguiente *...y otras elegías* que contiene, por ello, dieciséis textos líricos así titulados y con los que casi invariablemente se tilda el paso del tiempo como el causante de pérdidas irreparables que pueden justificar que se hable, por ejemplo, de los cambios de opinión, de espacios ya olvidados, del contraste entre el ahora y lo pasado, de amigos desaparecidos..., de todo aquello que vincula entre sí citas como «Nos habla el aire de que fuimos jóvenes», como «de que dicha y belleza son dos frágiles torres», o como a pesar de que «pero queda la infancia ya tan lejos / y somos ya tan otros...», aún es necesario «Seguir, seguir viviendo».

Espacio de intimidad, tiempo de confesión, nostalgia de recuerdos, presencia de dolor, a esto se reduce este amplio libro que en su diversidad apela a resumir «los colores del mundo», cuyas irisaciones son cada uno de los poemarios que lo cons-

tituyen. El sexto, en su mismo título *El palacio íntimo* refrenda de nuevo ese aire de argumentaciones subjetivas y de palabras hondas, de opiniones convencidas y de anhelos intensos. Sean ahora los versos homenajes, crítica, soledad confesada o desesperanzado canto, invariablemente surgen con el convecimiento de la variedad vital («Vivir es una cosa no sé si dulce o triste»), con la emoción de múltiples instantes vividos («Mañana de domingo», «La vieja plaza», «Desazón...»), de la ausencia o «de un mundo nebuloso de recuerdos».

Los otros dos poemarios, *Repúblicas del ensueño* y *Una oscura gaviota*, cierran el ciclo refiriéndose, respectivamente, a lugares donde ha latido o fulge aún la esperanza, la belleza, el cálido recuerdo, la dicha revivida o la admiración, en la India, ante la pobreza y el misterio; y luego, repartidos por la última cuarentena de poemas, renovados sentimientos sobre el amor, la vejez, el mar, la infelicidad, la muerte, la familia o el recuento grato de los días, que le obliga a reconocer: «fui feliz unas horas en olvido consciente. / No se concede más al hombre en este mundo».

Resumamos esta recopilación lírica con las mismas palabras del poeta, convencido ya de que «La poesía es un palacio íntimo», desde el cual él llama nuestra atención para decirnos: «Mirad aquí a un hombre cansado, envejecido / de luchar frente a frente con la mediocridad»; y desde su experiencia luminosa o dolorida, conociendo por ella el mundo, puede afirmar en consecuencia sin reparo: «¡Pudiera yo también, / ahora que me voy / acendrar los colores de mi adentro!». Y concluyamos también con las palabras del crítico Francisco Morales Lomas, que en su volumen *Entre el XX y el XXI. Antología poética andaluza, II* (Barcelona, Carena, 2009, pág. 19), le atribuye la voluntad «de crear un discurso uniforme que asienta sus bases sobre la memoria, el fluir del tiempo, la añoranza, la transformación vital, las influencias de lo cotidiano en el paisaje interior (...)». Y es en ese paisaje interior donde se yergue, contemplando el tiempo que pasa, el palacio íntimo que es la poesía de Fernando de Villena.